

Discurso de Willy Brandt, en México*

Anónimo

Permítanme, primero, dirigirles algunas palabras en este día, para rendir mi homenaje a Benito Juárez, cuyo mensaje de paz, formulado hace más de un siglo, continúa teniendo una vigencia enorme.

El mundo de hoy, tan descompuesto, necesita comprender, en toda su amplitud, esta definición de paz tan precisa y tan poco vivida. Es necesario apoyarla mediante nuevas formas de convivencia, para las que se requieren toda nuestra riqueza en ideas y nuestra firme decisión, a fin de mantener vivo un diálogo sincero que debe sobrepasar las fronteras de cada una de nuestras naciones. Sólo así podremos adquirir un conocimiento eficaz de los derechos de cada nación y de cada individuo integrante de ésta y, con ello, evitar que sigamos cayendo en el aislamiento y la arrogancia nacionalistas que originan consecuencias tan funestas.

Permítanme manifestar, señoras y señores y queridos amigos, el honor tan grande que el Presidente de su nación me ha hecho con su invitación. Y permítanme añadir ahora mismo: La visita aquí, en el edificio de la presidencia del P.R.I., nos proporciona, a mis amigos y a mí, un placer muy especial. No digo esto para halagarles. Para todo el que ha crecido dentro del movimiento obrero alemán, europeo, al conocer la gran revolución mexicana, el movimiento político que la sustenta y el despliegue cultural que la acompaña, forma parte de la experiencia impulsora y estimulante de su vida. De todos modos, puedo decir esto en lo que a mi respecta.

En los años en que, en Alemania, el fascismo comenzó a manifestarse y, finalmente, se impuso contra una resistencia deficiente, el P.R.I.¹ de México demostró que, a pesar de toda la opresión, un pueblo puede liberarse de su impotencia, afirmarse como nación y emprender el camino de la justicia social. Eso difundió esperanza más allá de su propio país.

Quisiera expresar mi agradecimiento por esto. Y quisiera también agradecer al hecho de que, en los años difíciles del nacismo, México fue un refugio hogareño

seguro para muchos perseguidos de nuestro país, siguiendo una tradición que continúa obrando en el presente.

En aquel entonces, se manifestaron los signos de una comunidad de principios y objetivos comunes que, a pesar de la distancia geográfica, siguen uniendo a nuestros países hasta hoy. Y quiero decir: precisamente esta conexión proporciona la base sobre la que nuestros dos partidos puedan cooperar más estrechamente entre sí e iniciar un diálogo fructífero. Esto no sólo beneficiaría a nuestras naciones, sino que, también, podría obrar en provecho de cada una de las dos grandes regiones a las que ustedes y nosotros pertenecemos, respectivamente.

Se trata de que comprendamos nuestras tradiciones diferentes, de que intercambiamos nuestra experiencia y derivemos de esto medidas políticas prácticas. Esto es lo que quisiera pedir. En vista de las graves amenazas que se ciernen sobre el porvenir de toda la humanidad, ningún país ni ningún movimiento político orientado hacia el futuro puede permitirse trabajar y obrar aisladamente y sin la discusión universal con amigos y personas de la misma orientación política. Mi país y su partido más importante buscan y necesitan esta discusión. Por eso me encuentro entre ustedes.

Quisiera ahora, si ustedes lo permiten, añadir algunas informaciones, quizás interesantes para ustedes, acerca de mi partido: el Partido Social-demócrata de Alemania. Acaso pueda, luego, al contestar sus preguntas y observaciones, completar alguna que otra cosa.

He hecho entrever ya lo que nos impulsa en común: liberación de la opresión, justicia social y solidaridad tanto nacional como internacional. Estos son también los valores por los que se orientó mi partido hace ya 112 años, cuando se formó y emprendió su ardua y, a menudo, penosa lucha en favor de las pretensiones y los derechos legítimos del proletariado de aquella época. A esta lucha, iniciada a mediados del siglo pasado, van unidos los nombres de Fernando Lassalle y Augusto Bebel, influidos teóricamente por Carlos Marx y Federico Engels, pero también por "revisionistas" como Eduardo Bernstein y por pensadores que se inspiraron en fuentes cristianas y humanistas.

Sustentada por la confianza de sus afiliados y simpatizantes, la social-democracia alemana se enfrentó, antes de la Primera Guerra Mundial, a las fuerzas reinantes de la monarquía y, de esta forma, laboró por conseguir, luchando, las premisas políticas y sociales para una transformación de nuestra sociedad: en provecho de

más justicia social, de la autodeterminación y cogestión de los amplios estratos de trabajadores en el proceso político y económico. La persecución de sus afiliados, al destierro de sus dirigentes, la prohibición de su organización en el Reich Alemán de entonces no lograron obstruir el camino a seguir por mi partido hasta convertirse en la fuerza política con el mayor número de afiliados.

Y los sindicatos sustentados por trabajadores de orientación socialdemócrata llegaron a ser el brazo fuerte del movimiento obrero alemán. Tras la dolorosa opresión por parte del régimen hitleriano, volvieron a ser un motor del movimiento social.

Nuestra lucha por más justicia social, por vencer la penuria, la pobreza y la miseria espiritual, no transcurrió sin disputas en el propio movimiento. Callar esto aquí no sería sincero. Significaría también pasar por alto el doloroso proceso de maduración, al que debe someterse todo partido, y también el mío, que no quiera solamente preservar, como hacen los conservadores, sino mover apropiadamente a la sociedad hacia adelante, adaptarla a sus tareas por cumplir o a las nuevas del momento. Sin un proceso de maduración de esta índole, el Partido Socialdemócrata de Alemania no habría llegado a ser el principal partido gubernamental de mi país.

Ustedes saben que los comunistas se separaron, después de 1918, de la social democracia dirigida entonces por Federico Ebert. Esto tuvo consecuencias profundas para el Partido Social-demócrata de Alemania que se hacen sentir hasta hoy día. El movimiento obrero alemán se dividió y luego se fue debilitando en forma creciente cuando los precursores del fascismo llamaron ya claramente la atención en Europa.

No me gustaría que me interpretaran mal: Esto no es una defensa ulterior en favor de una unidad de acción con los comunistas. Todo lo contrario. Rechazamos categóricamente la llamada dictadura del proletariado, porque sustituye la falta de libertad por otra falta de libertad y la injusticia por otra injusticia. La confrontación con partidos comunistas de cuadros de los que algunos ejercen poder estatal desde hace ya tiempo, nos obligó a definir, clara e inequívocamente, la intención y actuación políticas nuestras en lo concerniente a la teoría y la práctica.

El socialismo y la democracia son, para nosotros, una y la misma cosa. Con más precisión todavía: el socialismo es para nosotros democracia concebida hasta el último término. Por esta idea de una sociedad en libertad lo más justa posible,

miles de mis amigos políticos sufrieron la muerte en las prisiones y campos de concentración del fascismo hitleriano en los años posteriores a 1933. Su sacrificio y la dolorosa experiencia de los supervivientes - pero también la lección demostrativa que, después de la Segunda Guerra Mundial, se nos dió desde la otra parte de Alemania - hicieron que nos convirtiéramos en adversarios decididos de toda tentación dictatorial.

En su país se conoce también el nombre de Kurt Schumacher que, tras los años de ignominia y sufrimiento, volvió a fundar la social-democracia alemana. Será también familiar algunos el nombre de Ernesto Reuter, de aquel burgomaestre militante con cuya obra se enlazó mi labor durante mis años en Berlín.

Cada pueblo y cada país debe seguir su propio camino. No tenemos modelos que ofrecer en cuanto a cómo otros han de organizar sus estructuras sociales. Tampoco queremos que otros nos impongan modelos.

Puede que, en este punto, interese este pensamiento: Naturalmente, mucho ha cambiado en nuestra sociedad, algunas cosas apenas pueden reconocerse. Los socialdemócratas alemanes tampoco se han quedado parados. Pero el punto de arranque de nuestras intenciones - si ustedes quieren, de nuestra filosofía política - no ha cambiado.

Es verdad que ha cambiado lo siguiente: A contrario de algunos de nuestros predecesores en el siglo pasado, el socialismo no es para nosotros un sustitutivo de la religión. Nos consideramos como una comunidad política que respeta el que sus afiliados y Simpatizantes provengan de diferentes sectores de creencias y pensamiento. Pero en nuestro Programa Fundamental de Bad Godesberg, del año 1959, formulamos valores éticos básicos y comunes y procuramos permanentemente lograr fines políticos comunes. Precisamente en estos meses y aparte de la dura labor gubernamental y de las elecciones regionales no menos duras, nos encontramos en una animada discusión acerca de una "Base de orientación hasta 1985". En ella tratamos de describir, lo mejor posible, nuestra labor para el próximo decenio.

Haciendo profesión de libertad y solidaridad, el Partido Social-demócrata de Alemania también afirma desde sus principios - y hoy con mas razón aún - la cooperación internacional libre y autodeterminada. El camino seguido por mi partido después de su restablecimiento desde 1945, nuestra que ha contribuido continuamente a la organización de sociedades dignas del hombre en el propio

país, en Europa y fuera de las fronteras de Europa. No consentiremos que nos desvíen de este camino.

Pero este camino no fue ni es fácil. Las tareas y los problemas que se nos plantean hoy, son más difíciles que los de hace un siglo. Todos nosotros - a nivel nacional e internacional - tenemos que formular nuevas preguntas y encontrar nuevas respuestas en una medida inconcebible hace todavía pocos años. Sin embargo, estoy seguro de que, si hacemos las preguntas apropiadas, hallaremos también las respuestas adecuadas. Esto presupone que, también en el futuro, nuestro pensamiento y nuestra actuación se concentren en el ser humano concreto, en sus necesidades, en sus esperanzas, en su puesto seguro dentro de un mundo nuevo.

Acabo de decir que nadie puede exportar modelos. Pero respetando la independencia de otro movimiento amigo en otro país, tenemos que intentar encontrar una base sólida para la cooperación fructífera. Estoy aquí para conocer los conceptos, las opiniones y la experiencia de las fuerzas políticas de su país. Pero en este momento para mí ya no hay ninguna duda de que nuestros partidos pueden ayudar a completar los esfuerzos de sus gobiernos, especialmente en el campo internacional. Podemos ayudarnos mutuamente. Ciertamente que el intercambio de impresiones entre los partidos no es ningún sustituto de la diplomacia ni de las entrevistas entre los jefes de estado y gobierno. Pero si se comprende y aprovecha apropiadamente, es una plataforma importante sobre la cual podrán encontrarse las fuerzas políticas de nuestras naciones.

Esto es tanto más importante en una época en que se forcejea por acercar los intereses de los países industrializados, de los países productores de materias primas y de los países en vías de desarrollo sin recursos naturales considerables. En una época en que estamos llamados a enfrentarnos a las nuevas normas de la economía mundial, a las cuales su Presidente dió impulsos tan esenciales.

Quisiera agradecerles su atención y paciencia. Ruego perdonen el que no pudiera expresarme mejor en su bello idioma.

Espero que el P.R.I. siga confirmándose como la gran fuerza política de México en beneficio de su país, de su continente y de la cooperación internacional.

Un millón de socialdemócratas alemanes organizados, muchos millones de compatriotas míos transmiten, a través de mi persona, sus cordiales saludos. Estoy

seguro de que podré llevarles, de México, buenas impresiones y valiosas sugerencias.